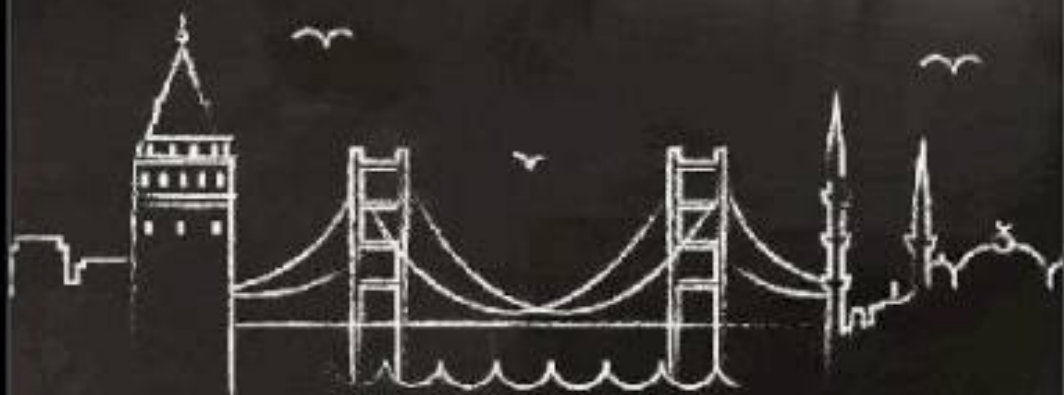


Selecta

NADIA NOOR

EN MI
MUNDO

ENTRE DOS MUNDOS



En mi mundo

Bilogía Entre dos mundos 2

Nadia Noor

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A todas aquellas mujeres valientes
que abandonaron su mundo para encontrar uno mejor.

Prólogo

Umay apretaba con fuerza el muñeco de porcelana en sus brazos mirando asustada a su alrededor. Sabía que, de un momento a otro, invadirían su espacio y se lo quitarían. Y no pensaba permitirlo. El sonido estridente de una sirena irrumpió en sus oídos, por lo que, cautelosa, se acercó a la ventana y, oculta bajo la cortina plisada de brocado, echó un vistazo. Observó una ambulancia detenerse delante de la casa y un par de profesionales bajar de forma apresurada del vehículo.

—Planean separarnos —se dirigió al muñeco con voz temblorosa. Se sintió desconcertada ante la serenidad de su bebé, que no compartía sus inquietudes y se limitaba a mirarla sin pestañear. Lo zarandó por los hombros, lo que provocó que sus ojos de cristal, azules y nítidos, se agitaran—. No tengas miedo, yo te protegeré.

Dicho esto, se introdujo en el interior del armario y se escondió bajo las telas de sus vestidos acogiendo en sus brazos al muñeco. Respiraba con dificultad y los demonios, que se explayaban a gusto dentro de su cabeza, le provocaban pavor. Escuchó con el corazón desbocado cómo unos pasos se acercaban al lugar donde se hallaba escondi-

da.

Cuando la puerta del armario se abrió, el halo de luz que penetró en el interior la cegó. Sintió que la estaban atacando, por lo que, dejando al bebé de lado, alargó los brazos y arañó la cara del hombre que quería importunarla.

—Umay, tranquila —le pidió Emir, su exmarido, mientras le aprisionaba las manos entre las suyas tratando de calmarla—. No te haré ningún daño.

Ella siguió defendiéndose empujando y oponiendo resistencia, negándose a abandonar su escondrijo, pero, ante la fuerza de Emir, sucumbió y se dejó arrastrar fuera del armario. El bebé colgaba de cualquier manera de su mano y eso hizo que se preocupara por su bienestar. Dejó de luchar y se sentó en el borde de la cama junto a él aparentando una serenidad que en realidad no sentía. En cuanto tuvo las manos liberadas volvió a poner al muñeco derecho en sus brazos y le rozó la cara en una sentida caricia.

—Umay, escúchame con atención —exigió Emir en cuanto su semblante se relajó. Dejó de contemplar al bebé y centró la atención en su exmarido, que parecía realmente angustiado—. Estás muy enferma, necesitas cuidados médicos. Hemos llamado a la ambulancia, es necesario ingresararte.

El cuerpo de la joven se crispó y su mirada almendrada se endureció ante la perspectiva de separarse de su adorado «hijo». De pronto, la cabeza de Emir se convirtió en una visión horrorosa, una aparición terrorífica capaz de infringirle el mal. Se levantó asustada y, dando pequeños pasos hacia atrás, le dijo con voz entrecortada por el miedo:

—No te acerques a mí. No me hagas daño.

—Umay, no te haré ningún daño, te lo prometo —le aseguró acortando la distancia entre ambos. Su voz calmada la

hizo regresar a la realidad y verlo como lo que era, un hombre que se inquietaba por ella—. Te pido que colabores, no quiero que te marches de aquí en contra de tu voluntad y atada. Haz un esfuerzo, acepta que necesitas ayuda.

—No necesito nada —replicó enfadada dirigiéndole una mirada acusatoria—. Yo solo quiero cuidar de mi bebé, déjame en paz.

—Hace una hora has intentado tirar a la pequeña Elia por el acantilado y has golpeado a Eva con una piedra en la cabeza. ¿Lo recuerdas?

Flashes fugaces de un carrito de bebé que daba vueltas por una pared abrupta y rocosa llegaron a su retina y los gritos de Eva explotaron con fuerza en su cabeza como una montaña de cristales al romperse. Dejó caer el muñeco al suelo y se tapó los oídos para no escuchar más aquellos desgarradores lamentos. De algún modo recordaba haber sido ella el monstruo que había provocado esa desgracia, aunque no era capaz de localizar las razones que la habían empujado a cometer tal atrocidad. Elia era una princesa encantadora de cinco meses a la que ella adoraba. Y Eva, la actual mujer de Emir, era la única amiga que jamás había tenido. Quizás fuese verdad que necesitaba cuidados médicos...

—Lo... lo recuerdo —susurró avergonzada—. Lo siento mucho, no sé qué me pasó. ¿Elia está bien?

—Por suerte, todo ha quedado en un susto. No estamos enfadados contigo, aunque es necesario que te cures. Llamaré al médico, te pondrá un tranquilizante que calmará tus nervios. Después te llevaré a la clínica. ¿Te parece bien?

Asintió sintiéndose como un ratón arrinconado. No era la primera vez que la ingresaban y sabía el infierno que le esperaba, sola y abandonada a su suerte, sin más compañía

que la de las enfermeras que la cuidaban. Experimentó el deseo de oponerse, gritar y montar una escena, pero el gran daño que había estado a punto de cometer la contuvo. No era la primera vez que sufría una crisis nerviosa, aunque nunca antes había atentado contra la vida de nadie y, menos, la de una bebé.

—De acuerdo —asintió con voz apagada. Se puso de cuclillas y recogió el muñeco, admirándolo con adoración—. Pero tengo una condición. Que él se venga conmigo.

Emir siguió la trayectoria de su mirada y, comprendiendo que se refería al juguete, asintió de buena gana.

—Claro, me parece bien.

Una vez establecidos los términos del acuerdo, salió de la habitación y regresó acompañado por una enfermera menuda, ataviada con un uniforme almidonado, blanco im-poluto. Algo en el cerebro de Umay se torció y visionó a la pacífica sanitaria como un monstruo aterrador que deseaba hacerle daño. La jeringuilla que sostenía en la mano fue el detonante de una de las crisis nerviosas más fuertes que jamás había padecido.

El forcejeo, la alteración y el pinchazo en el brazo la dejaron exhausta y perdió el conocimiento. Lo recobró horas más tarde, cuando tomó conciencia de que se encontraba tumbada en una cama con las manos y las piernas atadas con unas toscas correas de cuero, que le apretaban la piel hundiéndose en su carne.

Capítulo 1

La lluvia golpeaba con furia la hoja de cristal y una sucesión de truenos rompía de forma ruidosa el silencio de la mañana. Umay pegó su cuerpo al marco de la ventana, contemplando ausente las formas sinuosas que las gotas de agua dejaban sobre la superficie lisa del vidrio. Distraída, comenzó a canturrear una canción infantil, recordando con añoranza a su madre. De pronto, una voz estridente se coló en su cerebro y le robó la serenidad recién alcanzada:

—Mujer sin coco, deja de lloriquear esta estúpida cantinela delante de los niños; de lo contrario, los convertirás en unos seres débiles. Cuántas veces he de advertirte que los hombres de verdad y las muchachas obedientes se forman a base de golpes y reglas y no con palabras dulces y caricias.

Una sonora bofetada dio aquella discusión por terminada y el ruido de la mejilla golpeada de su madre, que penetró en la cabeza de Umay, la obligó a alejarse asustada de la ventana. En aquel mismo instante un rayo luminoso alumbró su cuarto oscuro y la joven deseó que la brillante luz que fragmentaba los cielos llegase hasta ella para absorberla y trasportarla a un lugar remoto donde los doloro-

esos recuerdos de su infancia no pudiesen alcanzarla.

Llevaba años huyendo de las tormentosas evocaciones de su niñez, del trato agresivo que les daba su padre, el gran Hasan Cozcolu, a ella, a su madre y a sus hermanos, que vivían atemorizados, con la cabeza agachada, la boca cerrada y los sentimientos comprimidos.

El eco de voces irascibles y llantos desgarradores resonó en sus oídos, por lo que Umay se los tapó con las palmas de sus manos en un intento de alejar de ella los fantasmas del pasado para, al final, sentarse en el borde de la cama, poseída de unos fuertes temblores. Al intuir que se encontraba a punto de sufrir una crisis nerviosa, pulsó el botón que la comunicaba con la enfermera de guardia. Llevaba ingresada en la clínica psiquiátrica, en su opinión, una eternidad, aunque nadie le precisaba con exactitud cuánto. Se hallaba en un lugar donde el ritmo de la vida lo marcaban los amaneceres y las puestas del sol. No tenía reloj ni disponía de teléfono. Sola y apartada del mundo, vivía confinada dentro de las cuatro paredes que formaban su austero habitáculo. Desconocía la estación del tiempo que atravesaban; si bien distinguía, por el aspecto desnudo de los árboles que formaban un pequeño bosque en los alrededores del centro, que debía de ser otoño. Además, los campos áridos desprovistos de vegetación, el cielo ceniciento cargado de nubes bajas y la persistente lluvia eran indicios más que claros del periodo otoñal. A Umay le gustaba el otoño porque era muy parecido a ella: grisáceo, sin luz, bello pero sin destacar, triste y melancólico. Rehuido por la gente.

Los temblores aumentaron y su cuerpo comenzó a convulsionarse, lo que provocó que su mente se perdiese en una negrura espesa que se fue apoderando de sus ojos. De

forma paulatina perdió el contacto con la realidad y se dejó envolver por los letárgicos abrazos de la oscuridad.

Tiempo después, al despertar, se encontraba tumbada en la cama, con las manos y los pies inmovilizados por unas anchas correas de sujeción. Trató de moverse, pero el tensor del cuero la retenía en una posición rígida e incómoda.

«No es la primera vez que te atan y, con seguridad, no será la última», reflexionó con tristeza al tomar conciencia de su situación, aunque el pánico que experimentaba al no poder controlar su cuerpo era igual de aterrador que al principio. Intentó gritar, pero su voz se hallaba perdida en algún lugar lejano y fue superior a sus fuerzas encontrarla. Giró la cabeza y observó un jarrón de agua colocado sobre la mesita de noche. Quería beber, aunque solo fuera un poco, pero sus manos atadas y su garganta agarrotada se lo impedían. Desesperada, trató de soltarse las correas, gritando. Finalmente, exhausta y harta de sentir un dolor lacerante en las muñecas y los tobillos, comprendió que sus tentativas de liberarse no darían resultado. Dejó de resistirse y consoló su impotencia llorando. Era lo único que nunca nadie le había podido arrebatarse. Ni cuando era una niña inocente, ni años después, al haberse convertido en la esposa de un poderoso agá. Llorar la hacía libre. Ella y el otoño podían llorar todo lo que quisieran porque a nadie le importaba.

Más calmada, forcejeó paciente con las correas sacando de su interior toda la rabia acumulada. No estaba enfadada con nadie en concreto, aunque sí dolida con el mundo entero. Un mundo infinito, en donde cabían millones de personas de todos los colores, razas, religiones, pensamientos y condiciones; un mundo que, sin embargo, le enseñaba su cara más hostil negándole un pequeño rincón. Un mundo

que no la quería.

Pronto anocheció y, de puro agotamiento, se quedó dormida. Perdió la noción del tiempo quedando suspendida en un limbo incomprendido entre los sueños y la realidad. Sabía que en algún momento aquel suplicio acabaría. Abrió los ojos al notar un pinchazo en el brazo.

—Señora Umay, observo que se ha tranquilizado y tiene mejor cara. Le he quitado las correas e inyectado una medicina para que pase una buena noche.

—Hola —saludó en voz apenas audible, reconociendo a la señora Kole, una enfermera mayor, de pelo canoso y comprensivos ojos castaños, que la cuidaba algunas veces —. Agua, por favor.

Se incorporó con dificultad y analizó sus muñecas enrojecidas y los aparatosos moratones que se habían formado en su piel. La enfermera siguió su mirada con gesto impasible y, sacudiendo los hombros en señal de indiferencia, se justificó:

—Se siente dolida y es comprensible, pero no me quedó más remedio que atarla de nuevo, señora. Lamento tener que hacerlo, pero algunas de sus crisis son tan fuertes que debo hacerlo por su seguridad. Esta mañana la dejé tan tranquila en su cuarto admirando la lluvia y, media hora más tarde, al atender su llamada, la encontré en medio de mil demonios. No comprendo por qué se altera con tanta facilidad. Debe de ser consciente de que, si usted no se ayuda a sí misma, nadie podrá ayudarla.

Umay asintió, en parte por no acordarse y, en parte, por sentirse impotente. ¿Y qué si se negaba a que la atasen? ¿Quién la escucharía? ¿Alguna vez, en su miserable vida, la gente se había molestado a tomarla en cuenta? Si muriese al día siguiente, ¿llorarían por ella? ¿Abrigarían pena, re-

mordimientos? No, suspirarían aliviados porque una Umay muerta dejaría de estorbar. El mundo entero haría su habitual vuelta de veinticuatro horas, feliz de haberse librado de ella.

Desde su ingreso en la clínica psiquiátrica, se había visto sometida a un verdadero calvario, aunque no podía quejarse porque nunca nadie la visitaba. Su suerte no concernía a sus seres queridos, se encontraba prisionera, a merced de los trabajadores de ese centro psiquiátrico. La impotencia era tanta que lo único que deseaba era dejar de existir. Convertirse en una planta simple de fuertes raíces y bonito follaje verde, para ser acariciada todas las mañanas por los acogedores rayos del sol, o en un riachuelo tranquilo, que seguiría su curso sin que nadie le indicase qué dirección debía de tomar.

Las lágrimas de desánimo y rabia que comenzaron a humedecer sus mejillas provocaron que la enfermera se apiadase de su sufrimiento. Se acercó a la mesita de noche y, tras llenar un vaso de agua, se lo entregó. Umay lo cogió con dedos temblorosos, vertiendo parte del líquido transparente sobre su camisa holgada. Mojó los labios para calmar la sequedad de su boca bajo la atenta mirada cargada de lástima de la otra mujer.

—Gracias —musitó al devolverle el vaso vacío—. Ahora me echaré un rato. Las medicinas me han provocado somnolencia. Siento como si un tren de mil toneladas me hubiese pasado por encima.

—Tiene que cenar primero, señora —la intentó disuadir la enfermera, tras comprobar que faltaba menos de un cuarto de hora para que le llevarsen la sopa—. No es bueno acostarse con el estómago vacío. Si desea sanar su mente, necesita un organismo saludable.

Umay no respondió, limitándose a apoyar la cabeza en la superficie dura de la almohada, que olía a un intenso desinfectante hospitalario. La señora Kole la contempló un tiempo en silencio, un tanto entristecida por la suerte de esa mujer tan joven y bonita. Llevaba ingresada dos largos meses en la clínica y su salud tenía unos altibajos bastante irregulares. Los profesionales del centro le tenían lástima, aunque debían mantenerla encerrada en su habitación porque las violentas crisis que sufría podrían poner en peligro a los otros enfermos del centro. La enfermera suspiró resignada y, apagando la luz, dejó a la paciente descansar. Deseó de todo corazón que fuera la última vez que tuviera que atarla y dejarla sin cenar.

Capítulo 2

El sonido estridente de la alarma hizo que Daniel Trent despegara lentamente las pestañas y abriera los ojos. Ahogó un largo bostezo y enfocó la vista, tratando de ubicarse. Las sencillas cortinas de color gris claro, que hacían varios ribetes en torno a la barra de sujeción, y el cuarto un tanto desordenado le recordaron que se encontraba en su cama. Apagó la alarma de malas maneras y hundió la cabeza en la almohada, pero ya no pudo reconciliar el sueño. Alargó el brazo y, palpando con la mano, encontró la espalda desnuda de una mujer. Arrimándose a ella, se deleitó con el contacto de su piel aterciopelada, que le provocó al instante una buena erección. Su compañera de cama, al percatarse de su buen despertar, ronroneó satisfecha empujando su trasero hacia él en una plácida sensación de intimidad.

—Hueles delicioso, Sarah —apreció él con los labios pegados en la sinuosa línea de su espalda. Avanzó con su boca hasta llegar a su cuello, al que mordisqueó con suavidad, lo que arrancó un hondo suspiro de placer en sus labios. Acto seguido le acarició la parte alta de su cintura y descendió con pericia hacia sus caderas, las que giró hasta hacerlas encajar entre sus piernas extendidas. La miró a los